

BIBLIOTECA CENTRAL

Faint, illegible text on the left page, possibly bleed-through from the reverse side.



SERMÓN DE EPIFANÍA

PREDICADO EN ROMA, EN LA IGLESIA DE SAN SILVESTRE «IN CAPITE,»

EL 9 DE ENERO DE 1906.

Faint, illegible text on the right page, likely bleed-through from the reverse side.



Faciam stellas eius nigrescere.
Haré que se eclipsen sus estrellas.

EZEC. XXXII, 7.

NO hay en la Iglesia fiesta más popular, más devota ni más dulce que la Epifanía del Señor. El mismo cuadro tan sublime y tan santo que nos ofrece la Natividad del Verbo Encarnado, parece incompleto, si además de los ángeles y los pastores, no se divisan en lontananza los Reyes Magos caminando hacia Belén, ni se oye el relincho de los caballos de la Arabia, ó el grito que azuza á los camellos de Efa y los dromedarios de Madián.

Es que los Santos Reyes son nuestros progenitores en la Fe, y aunque no hayamos estudiado los Padres de la Iglesia, que así los denominan, los miramos con confianza filial, y nos identificamos con ellos. Remontarnos á las alturas en que los ángeles entonan el himno de gloria, sería empresa superior á nuestras fuerzas. Acompañar á los pastores y caminar á Belén entre sus ovejas, nos está vedado, porque somos corderos de otro redil, como más tarde dijo el Niño Dios, *alias*

oves habeo quae non sunt ex hoc ovili. Pero nadie nos impide cabalgar entre los jinetes de Melchor; saltar sobre alguno de los elefantes de Gaspar, ó cuando menos, marchar entre la turba de esclavos que siguen á pie las banderas de Baltasar. Todos pertenecemos á lo que entonces se llamaba gentiles, y sentimos que con los Reyes Magos está nuestro puesto; que con ellos debemos acercarnos á Belén como humildes peregrinos, y entrar en Jerusalén como conquistadores.

Como conquistadores, sí, porque el reino de Dios que se arrebató al pueblo Judío, que desconoció á su Señor, hoy se nos da á nosotros, que desde lejanas tierras hemos venido á buscar al Mesías, y lo hemos encontrado, y adorado, y reconocido como á nuestro Salvador. He aquí el motivo de la alegría universal que suscita este santo misterio. Himnos de gracias, himnos de triunfo, á veces también cánticos de guerra se escuchan por toda la superficie del mundo. Las maravillosas peripecias del viaje de los Magos, suministran abundante pábulo á las meditaciones del asceta, á las investigaciones del historiador, á los descubrimientos del arqueólogo, á las fantasías del poeta, á las cavilaciones del filósofo, á los cálculos del astrónomo.

La estrella, más brillante que el sol, que aparece en el firmamento; la fe que ilumina las almas de aquellos Magos, y les hace comprender el lenguaje del astro divino; la presteza con que siguen su curso; la perseverancia con que continúan su marcha, de pocos días según algunos, de dos ó más años según otros; la des-

aparición de su guía celestial; la llegada de los viajeros á Jerusalén; la conmoción en que ponen á Herodes y á toda la santa Ciudad; la reaparición de la estrella que los conduce por fin á Belén; los dones que ofrecen al recién nacido Salvador y su místico significado; la visión que les manda volver á su patria por diverso camino; su vida y misión apostólica al regresar á Oriente; su martirio glorioso; la traslación de sus reliquias á la más célebre Basílica del Norte de Europa; la influencia de su maravillosa vocación en las generaciones que nos han precedido y en las que están por venir: he aquí otros tantos asuntos para meditaciones, discursos, sermones y libros enteros.

Yo también, las veces que aquí en Roma y con motivo de las fiestas que celebra la Piadosa Sociedad de las Misiones, he dirigido la palabra desde este púlpito á los que hablan el idioma español, yo mismo he entonado himnos de gloria, y encendido en mis oyentes el fuego del entusiasmo. Pero hoy no me es posible tañer esta cuerda del arpa sagrada. Los que en Roma moramos, más que ningún otro debemos inspirarnos en las palabras del Papa; y las que el augusto Pío X acaba de pronunciar, están saturadas de profunda tristeza, que apenas mitiga un vislumbre de esperanza.

«¡Cuán inmenso es el dolor que experimentamos al dirigir nuestras miradas hacia las naciones que se enorgullecen con el dictado de católicas! Razón sobrada nos asiste para temer que se realice en ellas aquella frase de la Escritura: *el reino os será arrebatado, y trans-*

ferido á otro pueblo que producirá buenos frutos.» Así se expresaba el Pontífice en el último Consistorio; y no bastaban á enjugar sus lágrimas las esperanzas manifestadas en esta otra sentencia: «Gracias á la divina misericordia, la Fe se propaga en el mundo entero; y allí donde, al parecer, había de producir menos la semilla, es precisamente donde se recoge más abundante cosecha.»

Estas reflexiones de Su Santidad son las que tienen que inspirar mi discurso. El episodio del viaje de los Magos á que voy á llamar vuestra atención, es el eclipse de la estrella.

Oh virgen, estrella del mar de la vida, que no tienes ocaso ni padeces eclipses, y conduces al pecador que te invoca al puerto de salvamento, resplandece ahora con doble brillo ante mis cansados ojos, y alúmbrame benigna el camino que debo seguir y trazar á mis piadosos oyentes.

AVE MARÍA.

I

Casi á medio camino, entre Jerusalén y Belén, hay una cisterna conocida con el nombre de pozo de los Magos. Cuenta la tradición, y no hay motivo para que rehusemos admitirla, que en las aguas de este aljibe, cuando cabizbajos y tristes salían de la Capital de Herodes, vieron los Santos Reyes retratada la estrella que se había ocultado á sus ojos, y ahora volvía á resplandecer en el firmamento.

En derredor de este histórico pozo, es donde hoy os convido á celebrar la Epifanía. Nunca fué muy abundante en abrevaderos la Santa Ciudad. En tiempo de Jesucristo, como ahora, la atormentaban frecuentes sequías, y ni los estanques construidos por Salomón, ni los aljibes que servían de sótanos á todas las casas, bastaban para la sedienta Salén, que se regocijaba las pocas veces que veía correr el agua pluvial por el árido lecho del torrente Cedrón; *fluminis impetus laetificat civitatem Dei.*

En estas condiciones, y teniendo en cuenta la estrechez de las calles y las escasas comodidades de los pueblos de aquella época y aquella región, fácil es con-

cebir que no era posible acuartelar en el interior el ejército de los Magos, y que para dar agua á tantos camellos y dromedarios, *inundatio camelorum*, como la llama la Escritura, á tantos caballos y elefantes, era preciso alejarse de sus vivaques extramuros, y buscar alguna cisterna, ya que en manantiales no había que pensar. Detuviéronse, pues, y aun quizás acamparon en derredor de la tumba de Raquel, y quitando los frenos á sus numerosos animales, los fueron conduciendo uno tras otro al incómodo, pero único abrevadero.

Mientras duraba esta prosaica evolución, ¿qué pasaba en el ánimo de aquellos sabios y piadosos Príncipes que comandaban la extraña caravana? ¿Qué vientos los habían traído tan lejos de sus dominios? ¿Qué buscaban, qué habían perdido, qué arcano indagaban? Mejor que yo lo sabéis, y sería superfluo recordarlo, si no se tratara de un misterio tan sublime y tan dulce, que mientras más se medita, más se saborea, y mientras más se profundiza, más nos deleita.

Una tradición muy general en las Indias Orientales, pone la patria de uno de los Magos en la isla de Ceylón, la Trapobaña de los Portugueses, cantada por Camoens; y no hace mucho celebraban los cristianos de Jafna la fiesta de su santo compatriota, y escuchaban el solemne panegírico de sus gloriosas hazañas en el viaje á Belén y en su regreso á la isla dichosa. ¿Por qué no nos hemos de unir nosotros á estos piadosos Cingaleses, y aceptar su poética tradición? ¿Por qué no hemos de acompañar al que fué su rey en sus observaciones as-

tronómicas, ó siquier astrológicas, y participar de su asombro y religioso estupor, al descubrir una estrella, que no es cometa, aunque los artistas la pinten con cauda luminosa, ni uno de los planetas conocidos de la antigüedad ó descubiertos en nuestros tiempos, ni una de las estrellas fijas que tuvieron los antiguos la feliz idea de agrupar en fantásticas constelaciones, dándoles el nombre de divinidades, ó de héroes, ó de animales?

Nada cerca está Ceylón, aun en esta época de la electricidad y del vapor. El cantor de las Lusiadas no halló expresión más gráfica para ponderar el arrojado de sus héroes, que decir que habían pasado *más allá de Trapobaña*. Figuraos cuán apartada la consideraría el siglo de Augusto, en que todavía se tomaba como tipo para las construcciones navales la famosa Argo de Jasón.

Imaginaos el asombro de aquellos isleños al ver á su Príncipe aparejar una nave, no para ir en busca del vellocino de oro, sino para llevar ricos dones á un Rey de remotas tierras, que acababa de nacer, y cuyo advenimiento se sabe, no por embajadores fidedignos, sino por revelaciones de los astros, cuyo mentir ha sido siempre proverbial.

Pero no: no fué una estrella mendaz la que puso en movimiento á los súbditos del Príncipe de Jafna. Fué una inspiración interior, que lo llamaba irresistiblemente, y le explicaba de un modo inequívoco el lenguaje de la estrella peregrina. Fué una fuerza sobrenatural, infundida por Dios á los destellos del fulgente lucero,

que atrajo como imán el corazón del Mago, ni más ni menos que la palabra de Jesús cuando llamó á Andrés y á Mateo, ó su dulce mirada cuando hizo derramar á Magdalena y á Pedro lágrimas de arrepentimiento.

¡Cuánto trabajo para transportar á tierra firme los animales de silla y de carga, las tiendas y pertrechos, los servidores y guardias indispensables en un viaje que podía durar largos años. Pero allí estaba la estrella del cielo que los guiaba, y la luz interior de la fe que les servía de estímulo, y no hubo ni vacilaciones, ni veleidades de regresar al puerto, ni desobediencias ni motines como los que amargaron el primer viaje de Cristóbal Colón. Si feliz fué el embarque, todavía bajo mejores auspicios es el arribo á tierra firme. Allí les aguarda nueva y dulce sorpresa. No son hostiles é inhospitalarios bárbaros á guisa de los Bébrices de que nos hablan Teócrito y otros escritores antiguos, los que salen á recibirlos. Son dos hermanos, verdaderos hermanos por la regia dignidad, por la ciencia astronómica que cultivan, y por la fe que ha encendido en ellos la misma idéntica estrella, que también se apresan á seguir. Juntas en uno las tres caravanas prosiguen su larguísimo viaje. Quizás, cuando hace un instante hablé de ejército y de campamento, lo juzgasteis exageración, y una sonrisa de duda asomó á vuestros labios. Pero ¿qué otro nombre dar al séquito armado de los tres soberanos? Si aun hoy día el más humilde y pacífico viajero, necesita en Oriente numerosa es-

colta, ¿qué sería en las particulares circunstancias de los tres Reyes?

La opinión vulgar supone que la adoración de los Magos tuvo lugar trece días después del Nacimiento del Niño Dios. Para que esto fuese exacto, se necesitaría que sus dominios hubieran estado casi á las puertas de Belén, ó que hubieran viajado con una rapidez superior á la de los ferrocarriles y automóviles de nuestros días. Lo primero parece no compadecerse con la división geográfica de la época. Lo segundo tiene cierto resabio de los libros de caballerías, que hacían viajar á sus héroes por los aires en alados hipogrifos. Si de nuevos milagros se trata, más conforme habría sido con la economía adoptada por el Todopoderoso, el que sin servirse de términos medios, los hubiera transportado en un instante á Belén, como ha hecho tantas veces con varios de sus santos.

Pero no hay por qué salirse de los límites trazados por la Escritura. Hay intérpretes, y muy venerandos, que colocan la Epifanía dos años después de la Natividad. Fúndanse en la orden dada por Herodes, para degollar á los niños de dos años para abajo. Apóyanse en las palabras de los mismos Magos, que preguntan á aquél por el Rey de los Judíos que *ha nacido* (no que debe nacer), noticia adquirida evidentemente desde antes de salir de sus apartados reinos. Corroboran su opinión las tradiciones de diversos lugares de Oriente, como la de Ceylón que acabo de indicaros, y los geógrafos de aquellos tiempos. A esta opi-